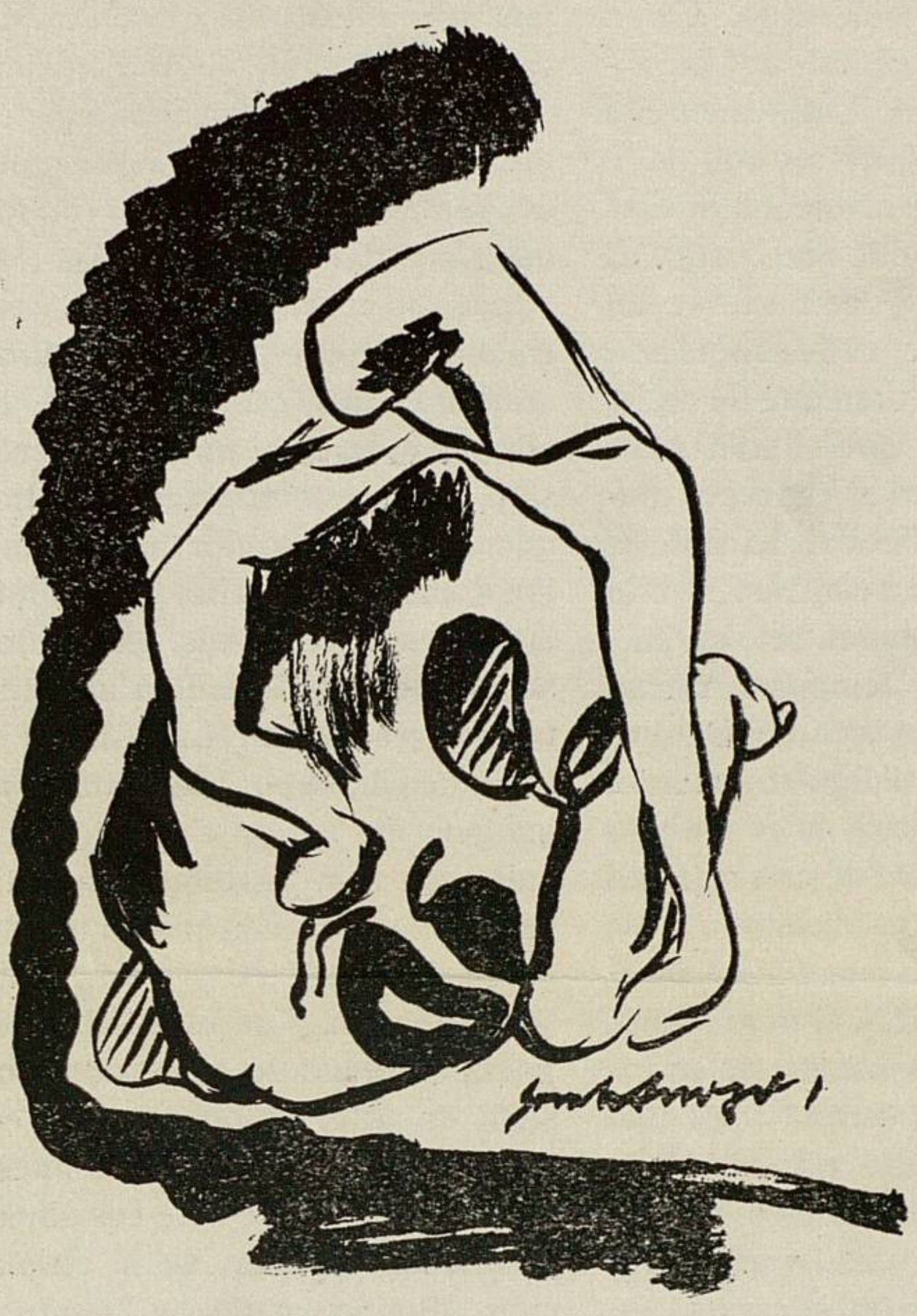
AMD, 37,9,22

NOVELISTAS
ESPAÑOLES



Miguel Angel Pastor

«LAS RATAS», última novela de Miguel Delibes

En la obra de Miguel Delibes «Las ratas» significa la vuelta a los pueblos. La anterior novela de nuestro escritor – «La hoja roja» – era la rota evocación de un mundo residual de la ciudad. El jubilado, producto de la burguesía, nos iba a dejar un poso de desencanto y desesperanza. Ahora «Las ratas» va a ahondar en otra de las vertientes más caras a Miguel Delibes. El novelista va a captar en su tremenda magnitud histórica el vegetar de un pueblo de Castilla,

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

entre cosecha y cosecha. Como sucede en «El camino» y las novelas de Lorenzo, Delibes amplía prodigiosamente su sentido de la realidad. Porque el pueblo de «Las ratas» es un pueblo idealizado. El realismo de M. D. se resuelve en una fórmula patética de superación de lo cotidiano. Creo que he dicho en otra ocasión que el gran autor castellano supera el concepto manoseado de Sthendal. La síntesis y el análisis van a establecer en la novela de este comentario un fundamental ritmo temporal. Yerran quienes piensan que en Delibes lo espontáneo ahoga el símbolo. Porque «Las ratas» es el símbolo amargo y dolorido de una realidad social. Incluso el diseño de los personajes tiene características de arquetipos. El Nini, el niño ratero, sabio precoz, producto de un incesto —¿con la tierra?— es una realidad histórica, escapa de la galería de los héroes para hacerse tierra y paisaje, ideal y experiencia. Junto al niño, el cazador de ratas, el Tío Ratero, la voz oscura de la tierra. Alrededor de ambos se intuye el gran problema. Un problema que llega directo y sin esperanza. El gran problema de la miseria del agro español.

Delibes ha buscado, por encima de todo, escribir su libro sobre el pueblo de Castilla. Un pueblo de Castilla no precisado y tampoco muy diferenciado. Lo que importa es la denuncia.

Cuando los hombres del 98 se lanzaron a descubrir el paisaje de España, acabaron en una frustrada fórmula de ensoñación. La literatura de nuestra postguerra se ha encontrado, como sucedió con los maestros del 98, con que las realidades no correspondían a la idea. Entonces emprendieron nuestros escritores dos caminos: uno de ellos llevaba en sí mismo la obsesión del inconformismo. El otro, quedando el escritor al margen, iba a hacer de la obra una palpitación estética. Ambos, refiriéndose al hombre, mantenían una distancia respetable. La estética a secas nos dolía porque, detrás y al margen de los preciosismos, los hallazgos y lo pintoresco no advertíamos nada más que un bonito juego de situaciones. Un recrearse ante las trágicas realidades del pueblo, entendido como obra posible de arte. Faltaba y falta en los escritores que toman a nuestras gentes como eje de sus obras, el aliento supremo de la redención. Por otra parte, la literatura de compromiso prodigada por las últimas promociones de novelistas tiene un vago aire de confesión política. A veces, es triste el confesarlo, la novela de estos creadores se subordina a un fin confuso.

Frente a esta panorámica, Delibes —el creador— clava su angustia entre ambos polos. Sus novelas —sus definitivas novelas últimas— se resuelven en un terreno que corresponde a la tierra de na-

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

die. El afán de convivencia social se quiebra en un giro amargo de desesperanza. La ternura se hace hosca, la realidad sombría, el paisaje literario, simbolo. Así se gestan y nacen «La hoja roja» y «Las ratas».

El escritor, a veces, no quiere percatarse de la trayectoria de los hombres que ha hecho nacer. Pero el hombre, que alienta muy por encima del creador de ficciones, al lanzar sus criaturas va buscando oscuramente que las mismas resuelvan el eterno conflicto de sus ideas. La fórmula cerebral de la novela es, parcialmente, discutible. Los personajes acaban cobrando vida propia, imponiendo su exigencia vital al escritor. Como sucede en «Las ratas» en la que las dos figuras claves viven por su cuenta. Resuelven sus problemas por el único método que se les alcanza, la acción. En esas estremecedoras páginas finales está compendiada la trágica filosofía del hombre de nuestras tierras. El Tío Ratero acaba de matar con el pincho de buscar ratas al otro ratero que le quita el pan. La miseria llega dramáticamente al extremo de matarse los hombres por la posesión de un derecho repugnante. La voz indefinible del pueblo que es el niño, el Nini, avisa que los hombres, la civilización y el código van a estar frente a ellos. El Tío Ratero sólo dice: «Las ratas son mías» para repetir obsesivamente, «la cueva es mía». Este acto de voluntad va a gravitar sobre toda la obra. Va a imponer un sentido existencial de la más noble y límpia estirpe española. Porque Delibes no busca —como sucede en otros novelistas— la crueldad. Es la crueldad la que está agazapada, esperándole. Por encima de la crueldad está el desaliento. Un desaliento que no puede ser fatalismo, sino que es una consecuencia temporal. Quien esto escribe ha pensado en la posibilidad de desesperanza de este libro. Para llegar a la fácil conclusión de que toda la desesperanza de M. D. tiene unas anchas raíces sociales. Aunque Delibes quiera darnos una visión del hombre-raiz frente a la compleja máquina que le aprisiona, sus novelas intentan dramáticamente lograr una relativa fórmula de compromiso. Le vence y le traiciona la ternura, distendiéndose en la estampa risueña y casi alegre de la anécdota.

El Nini ha arrojado un bidón de petróleo en el pozo del alcalde del pueblo. Todo induce a pensar en la existencia del oro negro. Delibes lo resuelve con un alegato. Un alegato extraliterario. Este pueblo de Delibes nos recuerda el cine de Berlanga. ¿Cómo ve Miguel Delibes al pueblo? Ya queda dicho que el realismo del escritor es de profunda entraña simbólica. Delibes va a darnos, de buena ley, un manojo de sucedidos de indudable gracia. Va a fluctuar de uno a otro personaje, y valiéndose de su

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

excepcional fuerza descriptiva les va a dejar aprisionados en una pincelada reveladora. Hay algo que le vence. Mucho más cercano que el análisis de sus criaturas queda algo que el escritor vela pudorosamente. La piedad, una piedad suprema por todo lo creado. Una piedad y una comprensión amarga.

La novela de Miguel Delibes nos ha conmovido por la tremenda lucha que hemos adivinado en el novelista. El escritor no puede ser nunca disociado de su obra. Ni la obra de su tiempo. Quienes no creemos en eso tangencial que se entiende por arte puro, hemos de ver en «Las ratas» un claro testimonio. La crueldad, que tantos se empeñan en achacar a la novelística de Delibes, no es más que un forcejeo íntimo del escritor entre el fatalismo del hombre y la lucha por una vida comunitaria. «El hombre nace en pecado» nos decía Rubén Darío, para repetir «mas el alma simple de la bestia es pura». ¿Y hay algo más elemental que estos moradores de la cueva, estos buscadores de ratas, este inframundo que alienta al margen de la sociedad? El Nini no podrá nunca estudiar, el Nini no podrá ser un sabio con diplomas, porque el pequeño ratero es la voz profunda de un estado del hombre.

La preocupación literaria de Delibes se acrecienta en esta novela. «Las ratas» se entrega al paisaje con una técnica pareja a la de los escritores del 98. Pero Miguel Delibes lo resuelve a su manera. El paisaje obra en función de un fin. El paisaje es la tormenta que anega los campos, es el viento que trae la salvación, es la tierra estéril que unos hombres arañan, desprecian y aman con amor de posesión. Páginas enteras de descripción no podrán evitar —a despecho del escritor, tal vez— que fluya con más fuerza, si cabe, este miserable vivir. Esta situación temporal e injusta contra la que se levanta la voz del hombre-escritor.

Se ha demostrado que Delibes posee pleno sentido de la observación. Su última novela nos asombra en este sentido. No se trata de un somero conocimiento pintoresco. Tampoco, de pintar con más o menos garbo a unos personajes. Se trata de un minucioso conocimiento del campo. El hombre sale al campo y se asombra. Toda una literatura falsa, escrita desde la ciudad, ha desvirtuado el concepto de la tierra y de los hombres que sobre ella viven, vegetan y mueren. M. D. demuestra que sin conocimiento no hay amor.

En la producción de Delibes «Las ratas» es un documento de excepcional valor. Está uno ya cansado de la crítica de libros al uso, de la calibración fría de méritos y defectos estrictamente literarios. Puesto a escribir unas líneas sobre esta novela, uno prefiere olvidar eso que se entiende

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

por objetividad. Uno se entrega apasionadamente, desdeñando el examen rígido de lo conseguido y lo no logrado. Y cuando uno se entrega, así es que el impacto de la obra le ha dominado. Nos gana honradamente la emoción de una obra que nos dice la vida atroz de unas gentes que matan y mueren por ratas, que defienden su cueva como un tesoro, que miran al cielo esperando o maldiciendo el agua. El escritor ha tomado partido. Dolorosamente, en la lucha con sus contradicciones, las de todos, Miguel Delibes da su medida de testimonio veraz. En esta época de falsificaciones y estridencias, donde tan fácil es uncirse al carro de las modas, quiero resaltar la honradez de este libro. Para decirlo con frase de Albert Camus, «la honradez desesperada».

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES